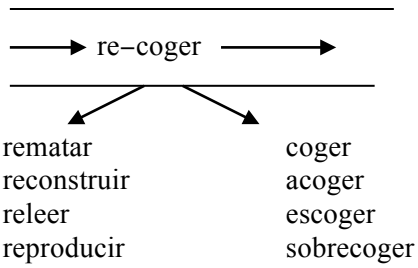
MOTIVACIÓN Y CONVENCIÓN EN LA LENGUA.

Alberto Bruzos Moro. Universidad de León.

Lejos del vocabulario icónico que imagina Crátilo en el diálogo de Platón, la lingüística del siglo XX ha hecho de la arbitrariedad uno de los atributos fundamentales del signo lingüístico. Esta idea debe su fortuna en gran medida al *Curso de lingüística general* de Ferdinand de Saussure. El signo lingüístico es "arbitrario": el vínculo entre el significante y el significado no depende de otra relación que la convención establecida por la lengua; en concreto, no de una relación de semejanza que permita pensar en un vínculo natural (Saussure 1916: 130). Nada más falso, pues, que creer que quien habla "imita las cosas con la voz" (*Crátilo:* 423b). Saussure niega explícitamente la relevancia del simbolismo fónico; las onomatopeyas y las exclamaciones son fenómenos marginales y de dudoso valor simbólico (Saussure 1916: 132).

Sin embargo, él mismo atenúa la arbitrariedad del signo lingüístico: "Sólo una parte de los signos son absolutamente arbitrarios… *El signo puede ser relativamente motivado*" (id.: 219). El signo es arbitrario en la medida en que su valor no depende de su propia sustancia, sino de las oposiciones distintivas que mantiene con otras unidades de la lengua (id.: 191). Pero, además de como elemento de un sistema, es posible considerar el signo como nudo de un entramado de relaciones (Saussure las llama solidaridades) asociativas y sintagmáticas (id.: 220).

Recoger, por ejemplo, es solidario sintagmáticamente del prefijo re– y el lexema verbal coger, y asociativamente de las unidades con que comparte alguno de estos dos elementos. De manera gráfica (adapto la representación de Saussure en p.216):



Las "solidaridades" se deben a la analogía. Unas formas se construyen a imagen de otras, y de esta manera se contrarrestan los efectos del cambio fonético, el cual, al desfigurar las palabras, borra los nexos que las agrupan en tipos generales y aumenta la arbitrariedad del signo (id.: 260). Si ésta se llevara a sus últimas consecuencias, la lengua sería un sistema caótico y sumamente intrincado. El fin de la analogía es precisamente "limitar lo arbitrario", "introducir un principio de orden y de regularidad" en el sistema (id.: 221).

Sorprendentemente, la tesis de Saussure coincide con la que Platón pone en boca de Sócrates. Ambos niegan la motivación primaria o fónica, la semejanza entre las formas lingüísticas y su significado; sin embargo, ambos reconocen que algunas expresiones, en la medida en que son semejantes a otras, están secundariamente motivadas.

En la línea de Saussure, Ullmann (1962: 91) ha encontrado en el léxico tres clases de motivación:

(a) la motivación fónica o primaria.

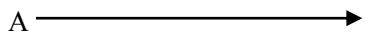
(b) la motivación morfológica, secundaria, similar a la solidaridad asociativa de Saussure (con la salvedad de que para Saussure comprendería los paradigmas de derivación, composición y flexión, mientras que Ullmann pasa por alto la flexión, que es un fenómeno gramatical y no léxico).

(c) la motivación semántica, también secundaria, pero ausente en Saussure. Están motivadas semánticamente las expresiones metafóricas y metonímicas que llegan a convencionalizarse. Por ejemplo, banco ("casa de banca") debe su significado a una metonimia, pues fue en los bancos ("asientos") en donde se hicieron las primeras transacciones monetarias (Buitrago y Torijano 1998). O cónyuge, resultado de una metáfora que ya en el latín comparaba el matrimonio (*coniungere:* "unir en matrimonio") con el yugo (*iugum*) que une a las bestias de tiro (id.).

Aunque algunos lingüistas, sobre todo Roman Jakobson (1956), habían señalado la importancia de la metáfora y la metonimia, la comprensión más elaborada de estos fenómenos corresponde a la semántica cognitiva.

Uno de sus retos ha sido definir la motivación metafórica. Ya desde la *Poética* de Aristóteles (1459a) es preceptivo que, para que un signo pueda usarse como metáfora de otro y adoptar su sentido, ha de

mediar entre ambos una relación de semejanza. La expresión metafórica, pues, está motivada por una semejanza entre su sentido original y su sentido figurado. Esta semejanza es distinta de la del simbolismo fónico (semejanza entre la forma del signo y su objeto) y también de la propia de las palabras motivadas morfológicamente (semejanza entre dos formas lingüísticas). Es una semejanza semántica o conceptual, y no material. Según Johnson (1987:126), es fruto de la correspondencia entre las estructuras internas (lo que él llama estructuras gestálticas) de dos dominios cognitivos. Por ejemplo, la estructura conceptual del DESPLAZAMIENTO FÍSICO nos proporciona un esquema para comprender y expresar el logro de un PROPÓSITO, lo que manifiestan metáforas como: me queda un largo camino para obtener el doctorado, el camino del éxito, etc. De acuerdo con Jonhson, es natural hablar de un DESPLAZAMIENTO FÍSICO para referirse a un PROPÓSITO porque "en nuestra experiencia tiene lugar una correlación por la cual la estructura de la esfera intencional se empareja con la estructura de la esfera física" (id.: 190). Ambos dominios son isomórficos, las relaciones entre sus elementos son afines, y por eso podemos comprender propósitos abstractos en términos de movimientos hacia un objetivo.



Desplazamiento: Punto de salida−−Movimiento−−Punto de llegada
Propósito: Estado inicial−−−−Acciones−−−Estado final (objetivo)

Otra cuestión sería determinar si el isomorfismo precede a la metáfora o si, por el contrario, es una consecuencia de ella. La idea de Johnson, como él mismo reconoce (id.: 72), es similar a la de Kant en la *Crítica de la Razón Pura.* La percepción y el pensamiento están condicionados por nuestra fisiología y nuestra psicología, representadas en Kant por intuición y conceptos y en Johnson por imágenes esquemáticas ("estructuras *de una actividad* mediante las cuales organizamos nuestra experiencia" id.: 86). No obstante, también reconoce el papel secundario de fuerzas culturales, lingüísticas e históricas como directrices de la comprensión (id.: 219).

Sea como sea, gran parte de nuestro sistema conceptual está estructurado en forma de metáforas, y esto se refleja en nuestros pensamientos, sensaciones y acciones cotidianas (Lakoff y Johnson 1980: 39). Que no seamos conscientes de ello se debe a que cuanto

más convencional y familiar se vuelve una metáfora, más difícil resulta percatarse de su presencia (Cuenca y Hilferty 1999: 99).

La metonimia, aunque no haya tenido tanta fortuna como la metáfora en los estudios cognitivos, no es de menor importancia para la génesis de significados motivados. Al igual que la metáfora, la metonimia es un principio convencional de nuestro pensamiento y nuestra conducta. De acuerdo con Jakobson (1956: 102), si la metáfora manifiesta la semejanza de dos entidades, la metonimia procede de la contigüidad entre elementos del mismo contexto. Son metonimias los esquemas generales ya presentes en la tradición retórica (Mortara Garavelli 1988: 168) y recogidos por Cuenca y Hilferty (1999: 112): LA PARTE POR EL TODO, EL TODO POR LA PARTE, EL CONTENIDO POR EL CONTINENTE, EL PRODUCTOR POR EL PRODUCTO, etc. Pero el alcance de la metonimia es mayor, y en realidad son metonímicos todos aquellos significados en cuyo origen haya algún tipo de contigüidad, ya sea en el contexto extralingüístico (1), ya en el lingüístico (2):

(1) Bisoño: "soldado nuevo o inexperto". Del italiano *bisognare* ("necesitar"). *Io bisogno*... ("necesito…") era lo que decían una y otra vez los soldados novatos (Buitrago y Torijano 1998:52).

(2) Hermano, del latín *germanus*, que abrevia la expresión *frater germanus* ("hermano carnal", para distinguirlo del lo miembros de una fratría o *fratres*) (Benveniste 1969: 140).

La singularidad de los signos metonímicos radica precisamente en que responden a un tipo de motivación distinta a la del resto. Las onomatopeyas, los derivados y compuestos morfológicos y las metáforas obedecen al principio de la semejanza; las metonimias, al de la contigüidad. Jakobson vio en estos dos principios una dicotomía "en extremo significativa y pertinente para toda la conducta verbal y para la conducta humana considerada globalmente" (1956: 130), y señaló su incidencia en la literatura, los mitos, la adquisición de la lengua y su desintegración en pacientes afásicos.

Tampoco a Peirce se le ocultó la relevancia semiótica de la contigüidad y la semejanza. De hecho, son los criterios de su célebre clasificación de los signos en iconos, índices y símbolos. Los iconos y los índices son signos motivados, los primeros por semejanza y los segundos por contigüidad, mientras que los símbolos representan por

medio de una ley o convención (*Collected Papers:* 2.299). Peirce coincide con Saussure en que todos los signos lingüísticos son símbolos, puesto que significan de acuerdo con una asociación convencional, y son virtuales: "la palabra misma no tiene existencia, pues *consiste* en el hecho de que algunos existentes *se conformen* a ella" (id.). Sin embargo, insiste en que en la práctica no hay símbolos puros, desprovistos de un componente icónico o indexical (id.: 2.249). Aunque estos componentes no justifican en absoluto la significación de la palabra (id.), revelan que el origen de los usos lingüísticos, lejos de ser causal o arbitrario, supone casi siempre una relación de contigüidad o semejanza.

Saussure, al excluir la motivación semántica de los factores que atenúan la arbitrariedad del signo, depreció estos dos importantes principios. No obstante, esta opción fue la más coherente con los fundamentos de su doctrina, en particular con otras dos exclusiones de mayor alcance: la del habla (*parole*) y la de la perspectiva diacrónica. Metonimias y metáforas, mientras sólo sean usos originales y embrionarios, no pertenecen a la lengua (*langue*) como sistema de valores, sino al habla como "acto individual de voluntad e inteligencia" (Saussure 1916: 57). Y desde el mismo momento en que se vuelven convencionales e ingresan en la lengua, su valor, como el de toda unidad lingüística, está determinado por su relación con los demás elementos del sistema considerados desde un punto de vista estático o sincrónico (id.: 203). La etimología de un signo, su origen metafórico o metonímico, no influye en su función y sentido actuales. "Nosotros no hablamos evolutivamente, por etimologías, sino por valores existentes: los signos de la lengua realizan su valor definitivo no en lo que precede sino en lo que coexiste" (Saussure 1954: 70).

Que la semántica cognitiva haya relacionado la metáfora con fenómenos diacrónicos como el cambio semántico o las causas de la polisemia y la ambigüedad pragmática de algunas conjunciones (Sweetser 1990) no contradice ni enmienda la afirmación de Saussure. Al tomar conciencia del origen metafórico y metonímico de casi todas nuestras expresiones, nos hemos hecho una idea más justa del papel de estos fenómenos en la evolución de las lenguas. No obstante, ni Sócrates ni Peirce ni Saussure se equivocaron al señalar la motivación del signo como una tendencia a tener en cuenta, pero nunca como el criterio del significado. Éste no puede ser otro que la convención, el acuerdo de la comunidad lingüística; el *nómos* en la terminología del

griego, el *interpretante* en la del norteamericano, la *langue* en la del ginebrino.

Bibliografía.

BENVENISTE, E. (1969): *Vocabulario de las Instituciones Indoeuropeas.*Madrid: Taurus, 1983.

BUITRAGO, A. y TORIJANO, J.A. (1998): *Diccionario del origen de las palabras.* Madrid: Espasa–Calpe.

CUENCA, Mª. J. y HILFERTY, J. (1999): *Introducción a la lingüística cognitiva.* Barcelona: Ariel.

JAKOBSON, R. (1956): "Dos aspectos del lenguaje y dos tipos de trastornos afásicos" en *Fundamentos del lenguaje.* Madrid: Ayuso, 1973.

JOHNSON, M. (1987): *El cuerpo en la mente*. Madrid: Debate.

LAKOFF, G. y JOHNSON, M. (1980): *Metáforas de la vida cotidiana*. Madrid: Cátedra, 1998.

MORTARA GARAVELLI, B. (1988): *Manual de retórica*. Madrid: Cátedra, 1991.

PEIRCE, CH. S. [1987]: *Obra lógico–semiótica.* Madrid: Taurus.

PLATÓN: *Crátilo.* Madrid: Gredos, 2000.

SAUSSURE, F. (1916): *Curso de lingüística general.* Buenos Aires: Losada, 1945.

SAUSSURE, F. (1954): *Fuentes manuscritas y estudios críticos.* México: SXXI, 1977.

SWEETSER, E. (1990): *From etymology to pragmatics.* Cambridge: Cambridge University Press.

ULLMANN, S. (1962): *Semántica.* Madrid: Taurus, 1991.